

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificolo.

Gen. Cap: II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 6.^a despues de Pentecostés.

*Miserear super tur-
bam.*

MATTH., v.

Compasion tengo de
estas gentes.

¡Qué espectáculos tan bellos, tan tiernos y conmovedores ofrece á nuestra contemplacion la vida de Jesucristo! Refiere el Evangelio que como el pueblo hubiese concurrido otra vez en grande número, y no tuviesen que comer, llamando Jesús á sus discipulos, les dijo: Compasion tengo de estas gentes: porque tres dias ha que estan conmigo, y no tienen que comer. Y si los enviare en ayunas á sus casas, desfallecerán en el camino: pues algunos han venido de lejos. Y sus discipulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguno hartarlos de pan

aqui en esta soledad? Jesús les preguntó: Cuántos panes teneis? Ellos dijeron: Siete. Y mandó á la gente que se recostase sobre la tierra. Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y dió á sus discipulos para que los distribuyesen, y los distribuyeron entre la gente. Tenian tambien unos pocos pececillos: y los bendijo, y mandó que tambien se los distribuyesen. Todos comieron hasta la saciedad, y alzaron de los pedazos que habian sobrado siete espuertas, y los que habian comido eran unos cuatro mil.

Tal es la preciosa letra del Evangelio que voy á exponer sin buscar desde el principio hasta el fin otra cosa que la gloria de Dios y vuestra dicha. Y nada hay mas glorioso para Dios que hacer ostentacion de su misericordia, como nada es mas justo, mas

equitativo y saludable para nosotros que mostrarnos dóciles, sumisos y agradecidos á la misericordiosa providencia de nuestro Dios y Señor Jesucristo, á imitación de las turbas del Evangelio.

Para determinar bien el asunto y proceder en su exposicion con aquel órden que es indispensable para el buen éxito del discurso, trataré de ponderar la misericordia de Jesucristo y la manera de alcanzarla para remedio de nuestras grandes miserias.

Eran como unos cuatro mil los que seguian al Salvador sin contar los niños y las mujeres. Sallieron de sus casas, abandonaron sus negocios, y seguian á Jesús sin acordarse de comer. Tres dias ha que van en su compañía, sufriendo con gusto la sed, el hambre, el cansancio, como quien sabe que buscando primero el reino de Dios, todas las cosas de la tierra se le darán como añadidura, como quien está persuadido de que Cristo, Señor y providencia del mundo es el camino, la verdad y la vida, y que siguiéndole á donde quiera que vaya, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida, y en recompensa de haberlo dejado todo por seguirle,

encontrará un tesoro en los cielos. Jesús ha visto la abnegacion de las turbas, conoce sus necesidades, y se apercibe á remediarlas. Habla a sus discipulos para decirles: tengo compasion de estas gentes. Tres dias ha que me siguen y no tienen provisiones. Si los dejo volver en ayunas, desfalleceran en el camino. *Misereor super turbam.* ¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor pródigo, tierno, solícito, tal cual convenia á las entrañas y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno y amoroso y todo misericordia! (1) Si; Dios es todo misericordia, Dios tiene esta encantadora perfeccion que viene en ayuda de nuestra miseria.

La tierra está llena de la misericordia del Señor (2). que es piadoso y misericordioso (3), que tiene compasion de todos los miserables y disimula los pecados á causa de la penitencia (4), que cubre con el manto de su misericordia á los que esperan en él (5), que ama la misericordia y abre los senos de su bondad para colmar de sus favores á los que le aman y guardan sus manda-

(1) V. Granada, Medit. III, cap. 3.

(2) Psal. 118.

(3) Eccle. II.

(4) Sapient. XI.

(5) Psal. XXII.

mientos, que no abandona el mundo que crió, ni se olvida de sus misericordias que son eternas (1), ni cesa de socorrer á los necesitados porque es compasivo, misericordioso, benigno, paciente y veraz (2). Yo soy el Señor que hago misericordia y juicio y justicia en la tierra (3). Que el impío abandone sus malos caminos y el pecador sus malos hechos, y vuélvase á Dios contrito y humillado y confie en el perdón, y esté seguro de la divina misericordia porque es tarde para la ira y pronto á la misericordia (4). Tan natural es en Dios la misericordia como el calor en el fuego, como la luz en el sol, como en la miel dulzura. Es una de sus perfecciones mas brillantes, que viene á reforzar el coro del poder, del amor y de la sabiduría.

Pero conviene saber con Santo Tomás que si es propio de Dios, tener siempre compasión de los miserables y perdonar á los delincuentes, como canta la Iglesia, su naturaleza inmutable, no se presta mas que al acto supremo

de la misericordia que consiste en socorrer la miseria. *Repellere miseriam maximé competit Deo*. Pero la misericordia es mas, su campo es mas vasto y mas detallada su esfera de acción. Compadecerse de la miseria, apropiarse la miseria, identificarse con el que sufre y sufrir con él, *miserum cor*, hacer entrar la miseria de otro en su corazón hacer su corazón miserable como el otro [corazón para mostrarle cuanto le ama, esto es la misericordia. *Miseria cordis, misericordia*.

¿Y es verdad que existen Dios la misericordia tal y como acabamos de conocerla por su definición etimológica? No habrá en Dios mas que lo que tiene de perfecto la misericordia? Como Dios no podía entristecerse con nosotros, no podía sufrir con nosotros en su inmutable naturaleza, no podía llorar con nosotros, ni compartir nuestros dolores, ni ser miserable como nosotros. No pudiendo satisfacer las exigencias de su amor infinito y eterno, y llegando hasta su trono los gemidos de los miserables, bajó de los esplendores de su gloria al valle de los lamentos, se revistió de nuestra carne, y se hizo semejante en todas las cosas á sus hermanos los hombres,

(1) Psal. XXIV.

(2) Ibid. 85.

(3) Jerem., IX.

(4) Isai., 55.

para llegar á ser misericordioso. *Unde debuit per omnia fratribus asmilari ut misericors fieret* (1). Desde que puso su divina planta en este bajo suelo, echó sobre sus hombros la cruz de nuestras miserias, porque su corazón lleno de ternura comprendió que la manera mejor de socorrerlas, era sufrirlas él mismo, alentando con su gracia nuestra flaqueza y estimulando nuestra debilidad con el ejemplo de su paciencia. El torrente de todas nuestras miserias se desbordó sobre su cabeza, y las espinas de nuestros dolores penetraron en su carne y atravesaron su alma con tanta fuerza que en frase de un celebrado escritor le hicieron llorar, gemir y padecer mas que todos los hombres juntos, queriendo ser el rey de los mártires para llegar á ser el rey de los misericordiosos.

Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reír, pero los hombres, los cielos y la tierra le vieron llorar, y lloraba porque tenía puestos los ojos en nuestras miserias. Yo abro el Evangelio, que es la historia de su vida, y leo que lloró muchas veces; lloró en su pesebre, lloraba en sus vigiliassilenciosas, lloró

sobre el sepulcro de su amigo Lázaro, lloró la ingratitud de Jerusalen, figura de la ingrata humanidad, lloró en el huerto solitario donde tan pavorosas se le representaron nuestras miserias que sufrió agonias mortales, y todos sus poros manaron sangre. Y cuando fué puesto en la Cruz, creció su tormento hasta el punto de que hasta las piedras se conmovieron, y los mismos ángeles lloraban amargamente y por no verle, se cubrieron con sus alas, temerosos y turbados. Sí; Dios es todo misericordia. Desde que nace, hasta que muere, toda su vida es la demostración mas espléndida, mas grandiosa y persuasiva de su excelentísima caridad y de su infinita misericordia. Su palabra es dulce como el panal, *super mel et fabum*. Su lema, la misericordia, y la compasión el móvil de todos sus actos, como que por todas partes iba haciendo bien, consolando á los afligidos, curando á los enfermos, dando de comer á los hambrientos, santificando á los pecadores, sembrando doctrinas sublimes, y obrando prodigios de bondad y de misericordia nunca vistos ni oídos de los hombres. Por eso le escuchaban estáticos los ancianos, los niños y las mujeres. Por eso le seguía el

(1) Ad Heb. II, 17.

pueblo, y se olvidaba hasta del sustento corporal, por escuchar su maravillosa doctrina y presenciar sus milagros, y participar de sus bondades. En la presente ocasion reciben las turbas una prueba mas de que Jesús era el hombre de los prodigios, el Mesias misericordioso, venido del cielo á remediar las miserias de la tierra. La multiplicacion de los panes y peces viene á descubrir toda la profundidad, toda la grandeza, toda la ternura de aquella palabra que pronuncia Jesús en presencia de las turbas hambrientas y fatigadas: *Misereor super turbam*. Tengo compasion de estas gentes que há tres dias me siguen sin acordarse de comer. Si los despido en ayunas, desfallecerán en el camino. Y algunos han venido de lejos. Siete panes y unos pocos peces, hé aquí las únicas provisiones que hay á mano para mas de cuatro mil almas.

Y se hallan en una soledad donde no hay trigo, molinos, ni hornos para elaborar el pan. Pero Jesús hablará y su palabra creadora multiplicará el sustento en la soledad como multiplica los granos que el labrador arroja en los surcos de la tierra. En efecto; habiendo mandado que todos se recostasen sobre la tierra, tomó

los panes y los peces, los bendijo, y tal fué la abundancia de pan, y tantos los peces que todos comieron hasta saciarse. Y aún sobraron siete espuertas de los panes y peces prodigiosamente multiplicados. ¡Oh poder misericorioso de Jesús! Su misericordia, dice David, se extiende de polo á polo y de generacion en generacion. Su poder nunca se disminuye y su misericordia nunca se agota. ¿Quién multiplica la semilla arrojada en la tierra? ¿Quién hace que de pocos granos broten espléndidas mieses, y quién cubre de frutos tan variados como deliciosos la dilatada superficie de la tierra? ¿Quién provee de alimento á todos los vivientes? ¿Quién recrea nuestra vista, y regala nuestro apetito con esas ricas y variadas producciones que ostenta cada año el fecundo é inagotable seno de la tierra, nodriza y dispensera de todos los vivientes? Alabemos al Señor porque su misericordia es eterna. *Quia su æternum misericordia ejus*. Confesemos su poder, y cantémosle himnos de gratitud porque es bueno, porque es eterna su misericordia, porque nos sana con sabiduria y nos redime con su gracia, porque nos ilumina con su palabra y nos alimenta con su cuerpo que es *el pan de la vida*. Alabanza, gratitud,

oración, deseo ardiente, piadosos anhelos, abnegación evangélica, fé viva en el poder de Jesús, esperanza firmísima en su misericordia, y valor inquebrantable para seguir sus huellas y no desfallecer hasta encontrarle para gozar de su infinita misericordia, hé aquí los medios que se nos ofrecen para lograr tanta dicha. Aceptándolos con gratitud y practicándolos con perseverancia nos haremos dignos de que el Señor nos conceda para remedio de nuestras profundas miserias el tesoro de sus infinitas misericordias. ¿Y dónde hay mayor miseria que el Pecado? El es el que provoca la ira de Dios. El es la causa de que la justicia venza á la misericordia. El pecado conmueve los fundamentos de la tierra, produciendo convulsiones horribles que han traído espantosas catástrofes. El pecado es el que ha hecho venir al reino de Valencia, á Murcia, á Madrid, á innumerables pueblos, y quizá á toda España el terrible huésped del Ganjes, que va cortando vidas como el segador cabezas de amapolas. Dejemos de pecar y cesará el azote que nos aflige. Guerra al pecado y la misericordia triunfará de la justicia. Amemos á Dios, practiquemos la virtud, guardemos su santa ley, y sere-

mos dichosos en el tiempo y en la eternidad, Amen.

GUERRA A... VIDA.

Bonaparte subió al cielo,
De Dios á solicitar
Le dé reinos que mandar
En Europa, fértil suelo:
Dios condescendió á su anhelo
Dándole cuanto le cuadre,
Y al pedirle España al Padre
El Hijo le respondió:
¿Cómo es eso? España no,
Que es el dote de mi Madre.

(*Poesía popular.*)

Increible parece lo que actualmente se vé y se oye en la católica España. Acostumbrados (será orgullo nacional) á considerar á nuestra patria como la tierra clásica de todo lo bello, de todo lo noble, de todo lo grande, de todo lo heroico, no podemos convencernos de que anide en ella lo miserable, lo vil, lo indigno, lo vergonzoso... y sin embargo, es triste verdad. Sin salir de nuestra ciudad misma, ya no es solo la blasfemia pronunciada por la hez del pueblo, es la blasfemia escrita, es la obscenidad, el sarcasmo, la impiedad, paseando desvergonzadamente sin máscara y sin velo por los teatros, cafés, casinos, calles y plazas, ofendiendo nuestros ojos en la escandalosa fotografía ó la infame caricatura; hiriendo nuestros oídos en la música callejera; introduciéndose en nuestras casas, tiendas y talleres en forma de periódico, folleto ó anuncio, y todo esto ¡oh mengual dicho, hecho, autorizado, tolerado, sufrido por españoles! Y se burlan de Dios, de su Madre María, de su Iglesia, de sus misterios, de sus

ministros y de todo lo santo y respetable; hombres que, circulando todavía en sus venas sangre del Cid, desharían el rostro al atrevido que insultase en su presencia á su madre ó á su esposa.

¿En qué parará esto, Dios mio? ¿Es qué se pasea por nuestra patria una legión de energúmenos, capitaneados por Satanás en persona, á los cuales ha dicho el Señor, como á sus enemigos en el día de su Pasión: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas?» ¡Ah si esos hombres tienen madre... ¡pobres madres! ¡cuánto deben sufrir!

Toda esa guerra, esa furia, esa locura infernal, tiene por objeto un imposible: arrancar de España la fé. ¡No! ¡jamás! Probad de quitar al sol su luz, á las estrellas su brillo, al firmamento su belleza, al mar sus aguas. Ved si podeis allanar los montes, secar los rios, apagar los volcanes... ¡Insensatos! ¡La fé de España no morirá!

Habéis olvidado que en esta lucha tiránica, aun cuando arrollárais todos los poderosos enemigos que se os oponen, os saldrá al paso un elemento débil, pequeño, pobre, despreciable, si quereis, pero invencible. No habéis contado con él, como no contaba Goliat con David, Sísara con Jael, ni Holofernes con la heroína de Betulia.

Sí, las mujeres de España, bajo la enseña y guía de la Mujer del Apocalipsis que, vestida del sol, coronada de estrellas y terrible como un ejército en orden de batalla, guarda como atalaya el tesoro de la fé desde los riscos de Montserrat, el Pilar de Zaragoza y la gruta de Covadonga. Reid, si quereis,

pero escuchadme. Las mujeres en España no servimos para abogadas, médicas, ni doctoras. Delirais los que tal creísteis: semejantes personajes no pasarán aquí de la categoría de ridícula y aun desapercibida caricatura, que ni con semejante clase de ridículo se aviene nuestro noble y severo carácter; pero en cuanto á fervorosas católicas, tiernas madres, fieles esposas, amantes hijas, cariñosas hermanas, buenas amigas, ¡oh! ¡ponéos la mano sobre el corazón y confesadlo! no tenemos rivales en ningún país de la tierra. Pues bien, nosotras, lucharemos con vosotros, oponiendo enseñanza á enseñanza, libro á libro, máxima á máxima, práctica á práctica.

A cuanto vosotros condeneis á muerte nosotras daremos vida; si, lucharemos, y nuestras armas tienen mas alcance que las vuestras, que no pasan de la tierra, mientras la oración y las lágrimas llegan al cielo. Somos vuestros enemigos mas temibles, porque estamos siempre á vuestro lado; y así como de los demás enemigos unos os compadecen, otros os desprecian, algunos tal vez os odian,—no diré que os temen, porque los católicos solo temen á Dios,—nosotras, á quienes es tan natural amar como respirar, nosotras os amamos, y por eso venceremos, porque el amor es fuerte como el infierno y duro como la muerte.

Escribid, mojando en envenenado cieno vuestra pluma, que nuestras lágrimas borrarán lo escrito. Blasfemad, que nuestros cánticos de alabanza ahogarán vuestras blasfemias; que vuestras manos, blancas ó negras, preparen el incendio y

la muerte, que las nuestras, levantadas al cielo clamarán misericordia. Destruid los templos, que nosotras los reedificaremos mas suntuosos; perseguid á los ministros del altar, que nosotras seremos para ellos lo que para Elías y Eliseo la Sunamita y la viuda de Sarepta. Apoderaos de los vasos y ornamentos, que nosotras enriqueceremos con nuestras joyas hasta las baldosas del santuario. En nuestro regazo vuestros hijos aprenderán á bendecir á Jesucristo, jamás vuestras hijas tomarán esposo sino al pié de los altares, y á vuestros labios moribundos acercaremos el crucifijo para que os reconcilieis con Dios.

A la lucha, pues. Vosotros declarais á nuestra religion, tradiciones, glorias y costumbres nacionales guerra á muerte; nosotras aceptamos el combate, pero en nuestra bandera está escrito: ¡Guerra á vida! porque no cejaremos hasta que volvais á vivir para nuestras madres, esposas é hija, para vuestra patria y vuestro Dios!

No hay, pues, para vosotros esperanza de triunfo., Mas, si; ¿quereis un medio para fulminar sobre España el *Delenda est Carthago*, destruir totalmente su fé, sembrar de ruinas nuestro suelo y levantar sobre ellas un monumento á vuestra victoria? Escuchad.

Refiérenos la historia, más ó ménos veraz, que cuando Rómulo y sus soldados fundaron la ciudad de Roma, viéndose solos, robaron en los juegos las mujeres sabinas para que fuesen sus esposas. Vosotros al contrario, si quereis vivir sin religion y sin Dios, clavad antes el puñal en el corazon de vuestras ma-

dres, esposas é hijas, porque mientras en España existan mujeres, ¡os lo juramos! habrá fé.

Dolores.

VARIEDADES.

FINES DE LA COMUNION REPARADORA.

Convendria que los asociados se propusiesen al comulgar entre otras cosas las siguientes:

1. Consolar al Corazon de Jesús injuriado en el Santísimo Sacramento por los herejes y malos cristianos.
2. Reparar los pecados que diariamente se cometen y provocan al Señor á que baga descargar su ira sobre nosotros.
3. Alejar los Peligros que amenazan al Sumo Pontífice, á la Iglesia y á todas las naciones católicas.
5. Obtener la conversion de los pecadores, y la perseverancia de los justos.
5. Rogar por los demás sócios, señaladamente por los que comulgan aquel dia.

ORACION ESPECIAL DE LOS ASOCIADOS DE LA COMUNION REPARADORA.

Misericordia divina, encarnada en el Corazon de Jesús, cubrid el mundo é infundid vuestros dones en nuestras almas, (100 dias de indulgencia cada vez. Pio IX, 1867).

Salve, augusta llaga, fuente misericordiosa de todas las gracias que inundan el mundo. Eres honor del cielo, hermosura de la Iglesia, y terror del infierno.

¡Oh herida preciosa, principio de nuestra felicidad, en ti hallamos poderoso socorro en los peligros del mundo, remedio eficaz en nuestras fallas! Atraido por tu dulzura, fijo en tí mi morada y en tu seno deposito cuanto soy y cuanto tengo ó espero. (*San Francisco de Borja.*)

Imp. de LA FIDELIDAD CASTELLANA.